

FRANZ JALICS

ENCONTRARSE CON DIOS

Edición a cargo de
PABLO D'ORS

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2023

La primera edición vio la luz en 1970 con el título *El encuentro con Dios*.

© Franz Jalics, *Obras completas*, 2020

© edición en lengua española de las *Obras completas* de F. Jalics: Asociación Amigos del Desierto, 2020

© de la presente edición: Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2023

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigume.es

ISBN: 978-84-301-2096-3 (obra completa)

ISBN: 978-84-301-2157-1 (volumen III)

Depósito legal: S. 91-2023

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Los papeles del padre. A modo de prólogo</i>	9
---	---

ENCONTRARSE CON DIOS

<i>Introducción</i>	19
EL ENCUENTRO PERSONAL	25
1. El conocimiento de las personas	25
2. El lenguaje en el encuentro personal	29
3. El encuentro personal es liberación y salvación	36
4. El proceso en el encuentro personal	39
5. El aspecto social del encuentro personal	41
EL ENCUENTRO CON DIOS	45
1. La revelación del Dios invisible	45
2. El lenguaje en el encuentro con Dios	54
3. El encuentro con Dios es salvación y gracia	57
4. El aspecto dinámico del encuentro con Dios	61
5. El aspecto social del encuentro con Dios	65
EL ENCUENTRO CRISTIANO CON DIOS	69
1. Vivir en Jesucristo	69
Jesús y las relaciones humanas	69
Jesús y el sentido de Dios	74
El Padre de Nuestro Señor Jesucristo	78
Redimidos por Cristo	84
Salvadores con Cristo	90

La muerte y el más allá	95
Jesucristo, el Señor	105
Revelación y fe	108
2. La integración en la Iglesia visible	114
Crítica de las estructuras de la Iglesia	117
Hacia una integración en las estructuras de la Iglesia	131
<i>Epílogo</i>	153

INTRODUCCIÓN

1. Si lo que se dice sobre Dios no parte de la vida y no aboca a ella, no pasará de ser un discurso que, en el mejor de los casos, amueblará la cabeza, pero ciertamente no alimentará el alma. El ser humano solo podrá balbucir algo más o menos sensato y fiable sobre lo divino si está anclado en la vida; todo lo demás dejará insatisfecho a quienes tienen verdadera sed espiritual. Dicho de otra forma: fuera del presente no hay Dios; Dios se manifiesta cuando la vida es auténtica.

Este es, en esencia, el mensaje de este libro: todo lo humano, si es tal, es también, de alguna manera, divino. Y todo lo que llamamos divino ayuda al ser humano a ser verdaderamente él mismo. Esto es, precisamente, lo que significa Jesucristo: que no hay salvación fuera de lo humano, que la salvación es la plenitud de lo humano. Esto es, dicho en pocas palabras, lo que quisiera mostrar al lector en estas páginas.

2. No pretendo enseñar la doctrina cristiana, sino tan solo mostrar que el punto de partida para una vida de fe es siempre y únicamente lo real. Es ahí, y solamente ahí, donde puede producirse una experiencia espiritual o un encuentro con Dios.

Dado que me gustaría que fueran muchos los que se sintieran interpelados por mi reflexión, he eliminado de ella todo tecnicismo o terminología especializada. Una de mis más firmes convicciones es que todo lo espiritual es sencillo y que, en consecuencia, el cristianismo no necesita de una jerga propia o específica.

Debo advertir que buena parte de lo que se leerá a continuación ha nacido de mi trabajo pastoral, sea en conversaciones personales o en grupos y, fundamentalmente, al hilo de algunas preguntas que me han ido planteando a lo largo del tiempo. No hace falta insistir en que no pretendo que ningún lector acomode sus ideas a las mías; más bien, deseo estimular la reflexión y expresión propias. Y ello porque la fe o es personal o no es. Por consiguiente, sin la tarea de reformular en las propias palabras el patrimonio de la fe cristiana no creo que pueda hablarse de un creyente maduro.

3. El método que sigo consiste esencialmente en interpretar la vida cotidiana a la luz de la sabiduría que emana de la Sagrada Escritura y, más en general, de la revelación cristiana. Ahora bien, no parto de la Biblia, la patrística, el Magisterio de la Iglesia o la teología, sino de las inquietudes de los hombres y las mujeres con quienes me he encontrado a lo largo del camino. Parto de su desconcierto frente a un mundo en permanente y vertiginoso cambio y de su anhelo de plenitud. La cosmovisión cristiana, sin embargo, es claramente la mía, convencido como estoy de que el mensaje cristiano, proyectado sobre la experiencia humana, provoca una maravillosa y reconocible explosión

de luz. No me habría puesto a escribir este libro si no creyera que necesitamos de la fuerza y orientación que proporciona esa luz.

A lo largo de mi vida he estudiado mucho la Palabra de Dios, pues siempre me ha gustado mantener un contacto íntimo y frecuente con ella; pero cuando cito los textos bíblicos lo hago solo de forma indirecta. Mi método consiste en, digámoslo así, discernir los acontecimientos de la vida con la plantilla o el mapa de lo que podríamos designar como sentido común de lo cristiano —que, obviamente, brota de la Biblia y de la reflexión eclesial—. Con ello, estoy asumiendo la filosofía existencialista, la llamada corriente fenomenológica y, en fin, el moderno pensamiento hermenéutico. De este modo, partiendo de la experiencia, sintonizo con el Concilio Vaticano II y, más en concreto, con la *Dei Verbum*, que avalan este procedimiento. Así pues, sigo fielmente las huellas del Concilio y espero contribuir, aunque de forma modesta, a la tan deseada renovación de la Iglesia.

4. Estas páginas han sido escritas, en primera instancia, para todos los cristianos que sienten inquietud por madurar su experiencia espiritual. Pero también para quienes tienen interés por el fenómeno religioso en general, aunque no sean creyentes o no tengan una adscripción confesional. También me dirijo —y no quiero dejar de mencionarlos expresamente— a los teólogos, una vocación y un quehacer que hoy están en profunda crisis. La teología se ha alejado de la vida, eso es innegable, de modo que no es de extrañar que los teólogos hayan tomado conciencia de la situación marginal de su ministerio. Me identifico con esos teólogos desorien-

tados, me sitúo en un proceso de búsqueda junto a ellos. Les pido expresamente que no me lean en clave de controversia, sino que traten de ver si hay en mi planteamiento algunas claves de lectura que les puedan interesar.

5. Las partes primera y segunda de este libro las escribí en el emblemático año de 1968; la tercera, en cambio, dos años después. Esto puede explicar que, pese a su profunda unión, haya una visible diferencia entre ellas. Las dos primeras son, evidentemente, más sistemáticas; la tercera, en cambio, más sintética y vivencial. Hablo en ella algunas veces, como se verá, en primera persona y hago referencia a situaciones y vivencias muy concretas.

6. Expondré ahora el itinerario completo, de modo que desde el principio se tenga una visión integral. La primera parte trata sobre el encuentro personal, y ello porque el camino del ser humano hacia Dios es, en el fondo, muy parecido al de un ser humano hacia otro ser humano. En efecto, aprender a relacionarse con las personas ayuda a aprender a relacionarse con Dios. Dicho de otro modo, cuanto más capaz es un ser humano de tener un verdadero encuentro interpersonal, tanto más se despertará en él la dimensión religiosa. Más aún, un verdadero encuentro interpersonal es prácticamente un encuentro con Dios. De hecho, la actitud personal no consiste en otra cosa que en fe, esperanza y amor. Una actitud personal hace que el ser humano mire el mundo con los ojos del otro, sienta con el corazón del otro, obre conforme a los intereses del otro... Así las cosas, salir de sí mismo es, en última instancia, vivir desde una dimensión religiosa. Por eso puede decir san Juan: «A Dios

nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros» (1 Jn 4, 12).

De modo que no partimos del encuentro personal como analogía para explicar el encuentro con Dios, sino que afirmamos que la verdadera experiencia humana anticipa y contiene un verdadero encuentro con Dios.

En la segunda parte abordo el sentido religioso presente en la historia de la humanidad, puesto que la percepción de lo trascendente ha estado y está presente en todas las culturas. No estoy apuntando aquí, todavía, a la intervención histórica de Dios por medio de Jesucristo, tal y como creemos los cristianos, asunto que abordo en la tercera parte, que versa precisamente del hecho cristiano tal y como lo vive el cristiano de hoy. No se trata en modo alguno de una exposición formal del dogma, sino más bien de una presentación de las experiencias cristianas más fundamentales. Por último, el capítulo que cierra mi reflexión profundiza sobre la integración del cristiano en las estructuras visibles de la Iglesia, pues no en vano el cristiano vive integrado en esa gran comunidad.

Antes de entrar propiamente en materia, quiero dar las gracias a quienes me han ayudado en este trabajo, en particular, en la corrección de mi castellano.